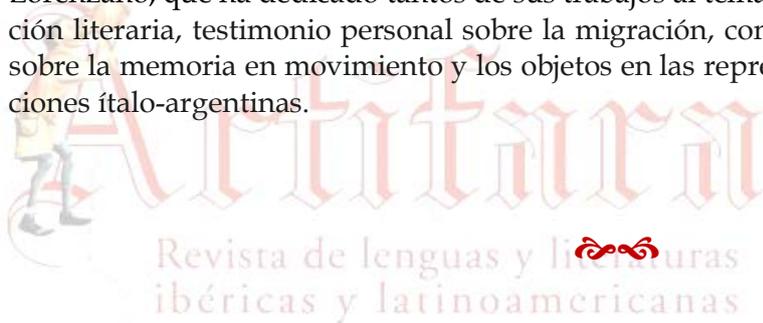


La palabra entrecortada

SANDRA LORENZANO
Universidad Autónoma de México

De manera extraordinaria respecto a las normas editoriales de *Artifara*, por deseo de las coordinadoras de este monográfico y en atención a su pertinencia respecto al tema central tratado en estas páginas y a la reconocida excelencia de su autora, la escritora argentino-mexicana Sandra Lorenzano, que ha dedicado tantos de sus trabajos al tema del exilio, publicamos su contribución literaria, testimonio personal sobre la migración, como cierre de los estudios científicos sobre la memoria en movimiento y los objetos en las representaciones literarias de las migraciones ítalo-argentinas.

La Redacción de *Artifara*



...el silencio disonante que deja en el aire
la palabra entrecortada.

María Zambrano¹

1. Busco marcas, vestigios de las lenguas rotas que habitan mis huesos. Sé que acompañan mi vergüenza ante el balbuceo. Ralentizo el habla. Por mí, por ellos: los del acento tatuado en la infancia. De todos modos, trastabillo, aunque no se note. El esfuerzo de que no se note. El esfuerzo de ser como todos los demás. ¿Quién quiere ser diferente a los dieciséis años?

Si digo que me quedé tartamuda, ¿me entienden? Cuando me piden que hable del exilio, la primera palabra en que pienso es pudor. Podría ser vergüenza. “Pena” se diría en México. Huella. Herida. ¿Vale acaso lo que pueda contar? ¿Para qué? ¿Para quién? Llegué siendo adolescente y quería ser como los otros. Me esforcé para conseguirlo. Me forcé. “Aprendimos no a hablar sino a balbucear”, escribió Osip Mandelstam. Balbuceo. Tartamudeo. Perdí la lengua en algún lugar de estos diez mil kilómetros que me separan del pasado. *Come gli antenati hanno perso la loro lingua.*

Tiempo después encontré a Juan Gelman (“Aquí yace un pájaro/ Una flor/ Un violín”) que encontró a Paul Celan –que había encontrado a su vez a Mandelstam– y que escribió en el Discurso de Bremen, “Accesible, próxima y no perdida permaneció, en medio de todas las pérdidas, sólo una cosa: la lengua. Sí, la lengua no se perdió a pesar de todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento, pasar a través de las múltiples tinieblas del discurso mortífero”.

Sólo la memoria del cuerpo y la palabra rota llegaron conmigo al país del exilio.

2. Quedan relatos, versos, memorias entrecortadas. “Bella Ciao” cantado a voz en cuello por los cuatro en el auto. Antes del quiebre, antes del tartamudeo, antes del dislocamiento. Mamá, papá y nosotros. Antes de las cenizas. ¿Hubo un después acaso?

Un punto en el mapa. El orgullo de la Magna Grecia. Dos puntos en el mapa: norte y sur. Sur y norte: colores, acentos. El abuelo casi analfabeto y comunista. El nonno amante de la ópera y cónsul de nada en mitad de la pampa. ¿Objetos? Ninguno. Rearmo una historia. Una

¹ María Zambrano en *Delirio y destino*

suma de voces perdidas, de silencios olvidados. "Callar es nuestra virtud. / Algún antepasado nuestro debe haber estado muy solo, / un gran hombre entre idiotas o un pobre loco, / para enseñar a los suyos tanto silencio" (Cesare Pavese).

3. Mamina, la más chiquita de sus hermanas, la del moño blanco sobre los bucles infantiles, arrancaba su imagen de las fotos familiares. No sé cuándo empezó a hacerlo, quizás poco después de cumplir sesenta años. Le daba horror pensar que esa figura de mujer mayor fuera la que quedara en el recuerdo de todos nosotros, sus nietos y bisnietos. Seguía siendo bella, pero ella no se daba cuenta. Y era divertida. Inventaba juegos, personajes, aventuras. La amábamos por eso. Y por sus "cajas de los recuerdos". Ordenadas dentro del placard estaban esas cajas de bombones (¿Corso? ¿Alguien guarda aún algo en cajas de bombones? ¿Existen las cajas de bombones?). Cada objeto tenía una historia: la foto del primer día de escuela de mi padre, una flor que había secado entre las páginas de un libro, un dedal de cerámica que le había hecho mi hermano, un guardapelo con los primeros rulos del tío Luis. Los objetos de la memoria. Eso de lo que ahora se habla tanto era para mí un viaje semanal. El anillo de compromiso que le había regalado mi abuelo estaba siempre junto a una foto en la que se los veía a los dos jóvenes y enamorados. Él, con su bata de médico recién recibido. Ella, la maestra más querida de la escuela, con su melena de un castaño rojizo que más adelante L'Oreal nunca pudo imitar. El anillo lo llevo yo en el dedo cordial desde hace años. Fue mi herencia. Es lo que tiene el vivir lejos. "Tomá, esto lo guardamos para vos", me dijo mi papá o tal vez mi hermana. Primero me emocioné. Después estuve a punto de protestar, de preguntar qué había pasado con todas las otras cosas de Mamina, que quién se había quedado con las cajas de los recuerdos. Pero me contuve. Al final yo no había estado ahí. Es lo que tiene vivir lejos. Nunca estoy *ahí*.



También heredé su pasión por guardar, por armar "cajitas de la memoria", "baulitos de los afectos". ¿Qué salvarías en un naufragio?, pregunto en cada taller de escritura que doy.

¿Cuántas flores secas entre las páginas de un libro? ¿Qué salvamos nosotros del naufragio que fue el exilio?

¿Objetos? Ninguno. Una suma de voces perdidas, de silencios olvidados. Relatos, canciones. Palabras entrecortadas. *Lessico familiare*, Ginzburg *dixit*.

4. Tengo en una de las paredes de mi estudio una fotocopia del preámbulo de la constitución argentina:

Nos, los representantes del pueblo... con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general, y asegurar los beneficios de la libertad **para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino...** ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución...

...“para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo...”. Esta frase representa la quimera que persiguieron mis abuelos y bisabuelos al subirse a los barcos que los alejaban de la pobreza y la violencia que enfrentaban en Europa (“Y fue por este río de sueñera y de barro/ que los barcos vinieron a fundarme la patria”, escribió Borges en uno de sus poemas más bellos); abuelos y bisabuelos, italianos y rusos (Odessa y Minsk eran Rusia, entonces), unos rubios y de ojos claros, otros morenos como buenos hijos del Mediterráneo. Unos hablaban ruso, hablaban yiddish, tocaban música, encendían velas los viernes por la noche y se sabían herederos de la cultura europea y de un libro que da raíces, los otros hablaban con los mil colores del italiano y habían visto pasar a fenicios y cartagineses, a griegos y romanos sin inmutarse. Pero la tierra estaba seca para unos y teñida de sangre para otros, y del otro lado del océano llegaban cartas del primo Salvatore, del tío Abraham que habían aprendido a recitar el preámbulo: “para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino...”. Y se subieron a los barcos. Los más jóvenes mirando hacia ese nuevo mundo que tantas promesas encerraba; los mayores, mirando hacia la propia tierra, con el temor de la despedida definitiva. ¿Qué llevaban en los baúles? ¿Qué habían elegido traer consigo? ¿Qué es lo que elegimos guardar en las maletas al abandonar nuestro hogar? Yo llevo conmigo - de país en país, de casa en casa, de vida en vida - una copia del preámbulo de la constitución de una patria que ya no existe.

5. Dos días después de haber cumplido cincuenta y nueve años, y sin razón aparente, me caí en la mitad de la calle. Húmero roto y vendaje de Velpeau en una ciudad y una lengua que no eran mías. ¿O sí? Era en la lengua de aquellos que nos enseñaron *tanto silencio*. Sin la mano derecha no hay escritura. No hay voz. *Callar es nuestra virtud*. El cuerpo me lo recordaba. El cuerpo me recordaba esa mezcla de sangres que corre por mis venas. Mezcla de sangres y de cenizas. Mezcla de mares y pampa.

“La clavícula entendió antes que yo. / Ese pedazo de hueso / que protege mi corazón / entendió antes que yo”, escribió la querida poeta Ana Belén López. “La clavícula supo”, dice el último verso.

Mi húmero supo. Ese pedazo de hueso entendió antes que yo, aquello que tardé en poder decir:

Y un día lo único que quieres es parar la cabeza.

Stop! ¡Silencio!

Caminar a la orilla del mar y juntar caracoles
para escuchar en ellos el sonido de tu infancia,
vaivén balbuceante entre el deseo y las palabras.

O escribir desde la pura fragilidad:
como si no hubiera memoria.
Porque mis huesos
("los húmeros me he puesto a la mala", dijo Vallejo)
que cargan todos los nombres que ellos me dejaron,
sus decisiones,
sus pesadillas,
sus amores más escondidos,
son indignos eslabones de esta cadena:
quieren ser solamente huesos.

CODA

Ayer me hablaron de una mujer que cumplió 97 años. Sonríe sentada en el centro de su cama. Sólo conversa con una muñeca que le trajeron hace tiempo. La abraza. Le canta en el dulce xeneize con el que fue acunada. A sus hijas las saluda educadamente, como a visitas lejanas que irrumpen en el flujo de sus días.

"Me pregunto cuál será la lengua de mi senilidad, si en ella caigo, y en qué lengua moriré", escribió Sylvia Molloy

Instalada en la fragilidad que quizás el destino me tenga reservada (como a mi madre, como a mi abuela), mi deseo es quedar muda antes de que llegue ese último momento.

Pudor. Vergüenza. Pena.

Busco marcas, vestigios de las lenguas rotas que habitan mis huesos. Sé que acompañan mi vergüenza ante el balbuceo. Ralentizo el habla. Por mí, por ellos. Por Caloveto, por Génova. Por los viajes con apenas una valija de cartón en la tercera clase de un barco cualquiera. También por las mochilas subidas al lomo de la Bestia para atravesar esta otra patria / patria generosa y cruel. Por los acentos tatuados en la piel de la infancia.

Por las voces silenciadas, por las palabras entrecortadas que quisiera zurcir amorosamente. En el principio fue el verbo balbuceante. Fue la dulce ninna nanna que algún día nos cantaron: *Ninna nanna Ninna oh / Questa bimba a chi la do?*

Zurcir.

Amorosamente. *Ago e filo. Ricamo.*

La darò alla sua mamma che le canta la ninna nanna.

